



Luz y Guía

Año I - Núm. 6 - Suplemento de «Hoja Parroquial» Cassá de la Selva (Gerona) - Noviembre de 1944

SAN MARTÍN, *caballero de Cristo*

Muy grande hubo de ser antiguamente en nuestra tierra la devoción a San Martín, cuando, con todo y no ser apóstol, ni mártir, ni siquiera español, un tan gran número de iglesias —entre ellas la nuestra— le fueron dedicadas.

Pocos santos tienen en el oficio litúrgico que la Iglesia manda rezar a los ordenados «in sacris», un tejido de antifonas y de responsorios tan propios como los tiene este glorioso atleta de Cristo.

La fama de su santidad traspasó las fronteras, y el perfume de sus virtudes se extendió prodigiosamente sobre todo en las naciones latinas. Y así en España, como en Francia, como en Italia, nobles y plebeyos conocieron y admiraron durante muchos siglos sus gestas heroicas de caballero cristiano y de apóstol de la fe.

Su vida entera fué un idilio de caridad. Sirviendo a los señores del mundo en la milicia de la tierra, aprendió a forjar el temple de su alma noble que, a los dieciocho años de edad, había de consagrar para siempre al servicio del Rey de los Cielos.

Siendo aún adolescente en la vida del cuerpo y cateducúmeno en la vida del alma, su amor a Jesucristo fué el móvil de todas sus acciones. Y así, en un rasgo sublime de recio carácter cristiano que le retrata de cuerpo entero, supo compartir su capa de soldado con el pobre desnudo que en nombre del Señor le pedía la caridad de una limosna. Y así mereció que en la noche siguiente se le apareciese el mismo Jesucristo, reves-

tido con la mitad de su clámide y le confirmase la excelencia de su obra de misericordia con estas palabras: «El cateducúmeno Martín ha cubierto mi pobreza con este vestido».

Más tarde, ya en el ocaso de su vida, consagrada por entero al servicio de Dios, viendo el santo Obispo la desolación de sus hijos en la fe por la inminencia de su tránsito, siente todavía arder muy viva en su corazón la llamada de la caridad y eleva al Cielo esta plegaria que viene a ser la síntesis de todos sus anhelos: «Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehusó la fatiga ni el sufrimiento».

Tal es el santo varón de Dios a quien nuestros antepasados escogieron como patrón de nuestra parroquia.

Quisiéramos que estas líneas sirviesen para despertar la devoción de nuestros feligreses al Santo Obispo y para conseguir al menos que el día de su fiesta no pasara, *religiosamente*, tan desapercibido como por desgracia acaece.

Recordemos que nuestra parroquia está dedicada a San Martín. Y que la parroquia es una entidad moral constituida por todos los feligreses.

JUAN MARGALL, PBRO - PARROCO



El Exmo. y Rvdmo. Dr. Plá y Daniel, Primado de España, acaba de anunciar la nueva campaña señalada a la Acción Católica Española, que deberá ocupar su especial atención en el curso 1944-45. Es esta: «*Restauración cristiana de la familia*».

Nos limitamos hoy a publicar la noticia, resaltando de ella que nos sitúa ante el nuevo curso.

Cuando, bordeando el verano su ocaso, la temperatura más apacible y los días recogidos son más propicios para trabajar activamente, la Acción Católica, si bien no conoce vacaciones, inicia el curso, como incitando a reemprender con nuevos bríos una nueva etapa en su labor.

Las horas decisivas que vive el mundo,

Ante el nuevo
curso

hacen sobremanera importante y acucian especialmente la necesidad y el deber del apostolado. Repetidamente ha definido el Santo Padre como causa esencial de la presente hecatombe, el alejamiento de la humanidad de la doctrina de Cristo, señalando a la vez como única solución eficaz el retorno a la práctica de sus salvadoras

enseñanzas. El mundo, azotado por la guerra y anhelante de paz, necesita sobre tanta acumulación de odios el bálsamo sublime del amor entre los hombres como hermanos, la práctica de la doctrina divina, unánimemente admirada, condensada en las palabras: «*amaos los unos a los otros como Yo os he amado*». Labor inmensa de restauración a realizar en todos los ámbitos de la sociedad desde sus más vastas esferas al individuo, encomendada por el Papa y que no puede considerarse ajeno a ella católico alguno.

Sólo quienes tenemos la dicha de conocer la doctrina del Maestro y, siguiéndola, la convertimos en norte y guía del vivir,

(Continúa en segunda página)